



vios mencionados por el emperador, y rogándole que atendiese á las quejas y confiase en los diputados que le enviaban. Á esta carta contestó Urbano III con dos, una al emperador y otra al arzobispo de Maguncia, en las que ponía en claro los hechos y los trataba con mucha calma y moderación. Despues de esto, segun unos, decidido el papa á excomulgar al emperador, marchó de Verona á Ferrara, en donde le sorprendió la muerte; y segun otros, fué firmado un concordato entre Federico y Urbano III despues que este último llegó á Ferrara, en donde murió el 19 de Octubre de 1187, á causa de dolor que le produjeron las tristes nuevas de Oriente.

Coronado rey de Jerusalem Gui de Lusignan por herencia de su mujer Sibila, y rota imprudentemente la tregua con los mahometanos por Rainaldo de Chatillon, señor de Tarrac. Saladino, con un numeroso ejército, entró en las tierras de los cristianos, y á pesar de la reconciliacion del rey de Jerusalem con el conde de Trípoli y de los desesperados esfuerzos de los templarios y hospitalarios, la division que reinaba en el campo cristiano y los malos consejos de algunos, hicieron que el ejército cristiano fuese completamente derrotado por Saladino, que se apoderó de Tiberiades, de la verdadera cruz, del rey de Jerusalem, de su hermano Godofredo de Lusignan, y del marqués de Montferrat. Los caballeros templarios y hospitalarios hechos prisioneros fueron mandados degollar por Saladino, y este acto de bárbara crueldad dió lugar á rasgos de heroísmo, pues muchos caballeros, ansiando la palma del martirio, aunque no pertenecian á las órdenes militares, decian á voces que eran hospitalarios ó templarios, para sufrir la misma suerte que éstos. Despues de esta victoria, Saladino se apoderó fácilmente de Tolemaida, Jericó, Rasula, Cesárea, Arsur y Joje, no quedándoles ya en las orillas del mar otras ciudades que Tiro, Trípoli y Ascalon.

Saladino puso sitio á la ciudad de Tiro, que se disponia ya á rendirse, cuando la llegada de un nuevo cruzado, Conrado, hijo del marqués de Montferrat, infundió ánimo á sus habitantes, que se resistieron tenazmente y obligaron á Saladino á levantar el sitio. Ascalon se le rindió, pero sólo despues de haber aceptado las condiciones de los sitiados, de tener piedad de sus familias y de prometer la libertad del rey de Jerusalem.

Despues de haber tomado á Gaza y otras fortalezas próximas, Saladino se dirigió contra Jerusalem, y cuando llegó á la vista de la ciudad, hizo llamar á los principales habitantes y

les dijo: «Sé que Jerusalem es la casa de Dios, y no quiero profanarla con la efusion de sangre; abandonad sus murallas y os daré una parte de mis tesoros y tantas tierras como podais cultivar.»—«No podemos, le respondieron ellos, cederos una ciudad en que ha muerto nuestro Dios, y mucho ménos vendéroslo.» Los habitantes, alentados por el clero y por su jefe Balean de Ibelia, se resistieron tenazmente, y sólo cuando los muros estuvieron completamente minados y dispuestos á caer al primer asalto general, fué cuando capitularon, con la condicion de que seria respetada la vida de los habitantes, á quienes se permitia comprar su libertad á razon de diez piezas de oro los hombres, cinco las mujeres y dos los niños, debiendo quedar como esclavos los que no tuviesen dinero para rescatarse, y por último, que se permitia á los guerreros retirarse á Tiro ó á Trípoli. Balean de Ibelion dió treinta mil piezas de oro del dinero destinado á los gastos del sitio, para rescatar diez y ocho mil pobres: Malek-Adhel, hermano de Saladino, pagó el rescate de diez mil cautivos, y el mismo Saladino siguió su ejemplo rompiendo las cadenas de muchos pobres y huérfanos. Sin embargo, aún quedaban diez y seis mil cristianos cautivos, y entre ellos cinco mil niños, cuyo infortunio era más sensible para los fieles, porque iban á ser educados en la impiedad de Mahoma. El patriarca de Jerusalem Heraclio hubiera podido rescatar á todos estos cautivos con los doscientos mil escudos que llevaba; pero despues de haber corrompido á su rebaño con el escándalo de sus costumbres, le dejó por avaricia, entregado á la esclavitud y seuducción de los infieles. Luégo que salieron de Jerusalem los cristianos de Occidente, puesto que los de Oriente, griegos, sirios y melquitas, continuaron allí, los musulmanes derribaron todas las cruces, rompieron las campanas y trasformaron en mezquitas las iglesias; pero dejaron los Santos Lugares en el mismo estado y continuaron permitiendo á los peregrinos visitarlos, siempre que llegasen sin armas y pagasen ciertos derechos. De este modo Jerusalem, despues de haber sido de los cristianos de Occidente por espacio de 88 años, cayó de nuevo en poder de los infieles, y no quedaron á los latinos en Oriente más plazas considerables que Antioquia, Tiro y Trípoli.

El papa Urbano III murió de sentimiento al saber estas desgraciadas noticias, y fué elegido para sucederle un ilustre sacerdote, natural de Benevento y canceller de la iglesia romana, que tomó el nombre de Gregorio VIII. No ocupó la santa sede más que un mes y vein-



tisiete dias; pero en este corto tiempo hizo cuanto pudo para animar á los fieles á la reconquista de la Tierra Santa, concediendo las indulgencias que sus predecesores habian concedido; escribió en el mismo sentido al emperador Federico y á su hijo, arregló las diferencias entre Pisa y Génova, trasladándose para ello á la primera ciudad, en donde murió el 16 de Diciembre del año 1187. Elegido para sucederle Paulino, natural de Roma y cardenal obispo de Palestina, tomó el nombre de Clemente III.

Inmediatamente despues de su coronacion ajustó un tratado con sus compatriotas los romanos, que hacia tiempo estaban en lucha con el papado, con ocasion de la ciudad de Tusculum, que pertenecia al papa, y á la que ellos querian someter. Antes de salir de Pisa, Clemente III exhortó al pueblo para que trabajase en la reconquista de la Tierra Santa, y dió el estandarte de San Pedro y el título de legado al arzobispo Ubaldo, que con una flota de cincuenta navios llegó á Tiro el 6 de Abril del año 1189, en donde ayudó al marqués Conrado de Montferrat á rechazar los ataques de Saladino.

Entre tanto los reyes de Francia é Inglaterra tuvieron una conferencia cerca de Gisors, á la que asistieron los obispos y señores de los reinos, y en ella Guillermo, arzobispo de Tiro, describió con tal elocuencia la desolacion de la iglesia de Oriente, que los dos reyes se reconciliaron y se cruzaron, recibiendo de su mano la cruz. Siguiendo su ejemplo, se cruzaron tambien varios obispos, Hugo III, duque de Borgoña, Ricardo Corazon de Leon, hijo primogénito del rey; Felipe, conde de Flándes; Tibaldo, conde de Blois, y otros muchos señores.

En seguida, el rey de Inglaterra mandó que cada cual pagase el diezmo de sus rentas y pueblos para socorrer la Tierra Santa, y adoptó otras disposiciones que tendian á facilitar la empresa, á la vez que en Francia Felipe Augusto hizo una ordenanza igual y encaminada al mismo objeto. Al mismo tiempo, el emperador Federico reunió el 23 de Marzo, en Maguncia, una dieta, que se llamó dieta de Dios, y en la que él y su hijo Federico, duque de Suabia, recibieron la cruz de manos del cardenal legado Enrique, obispo de Albano, siguiendo su ejemplo sesenta y ocho grandes señores, tanto eclesiásticos como seglares. Se señaló como punto de cita Ratisbona, el 23 de Abril del año siguiente 1189, y el emperador designó á su hijo Enrique para gobernar el imperio hasta su vuelta.

El viaje de los reyes de Francia é Inglaterra para la cruzada se retrasó á causa de la guerra que entre ellos estalló, y que fué motivada por la dilacion que Enrique de Inglaterra ponía para casar á su hijo Ricardo con Adela, hermana del rey de Francia, á quien se la habia pedido con este objeto. No habiendo podido llegar á un arreglo, á pesar de los esfuerzos del cardenal legado Juan de Agnani y de los obispos nombrados árbitros, y viendo Enrique que le abandonaban sus mejores soldados y perdía en poco tiempo las ciudades de Mans y Tours con sus territorios, solicitó la paz, que obtuvo, aunque con condiciones duras, y murió poco despues lleno de desesperacion y maldiciendo á sus hijos. Ricardo Corazon de Leon, heredó todos sus Estados, y antes de marchar á Inglaterra mandó poner en libertad á su madre, presa por haber seguido su partido, y la nombró regente del reino.

Llegado á Inglaterra, fué coronado solemnemente en Lóndres el 13 de Setiembre; y como durante el banquete que siguió á la coronacion quisieran penetrar algunos judios en palacio para ofrecerle presentes á pesar de la prohibicion que habia hecho, el pueblo principió á insultarlos y maltratarlos, y circulando las falsas voces de que el rey habia mandado exterminar á los judios, éstos fueron acuchillados sin piedad en gran número, no sólo en Lóndres, sino tambien en otras ciudades del reino, á pesar de las órdenes que el rey y hizo circular en seguida prohibiendo estos excesos. En Diciembre de 1189 partió Ricardo de Inglaterra, y despues de recibir en Tours el zurrón y bordon del peregrino, de manos del arzobispo Guillermo, se trasladó á Vezelay, en donde se habian citado los dos reyes de Francia é Inglaterra. Ricardo habia dejado el gobierno del reino á Guillermo de Longchamp, obispo de Gli, su canceller, y para quien, con objeto de darle más autoridad, obtuvo del papa la legacion de Inglaterra.

Felipe Augusto dejó el gobierno del reino de Francia á la reina Adela, su madre, y á su tío Guillermo, arzobispo de Reims y legado de la santa sede; antes de marchar hizo su testamento, adoptando disposiciones para el buen gobierno del reino durante su ausencia y en caso de que muriese en la expedicion, y despues de esto se trasladó á San Dionisio, en donde, segun la costumbre de sus predecesores, tomó el estandarte llamado oriflama, se encomendó á Dios, á la Virgen, á los mártires San Dionisio, San Rústico y San Eleuterio, tomó dos estandartes de encima de los cuerpos de los santos mártires, y recibiendo el zurrón y



bordon de manos de su tío el arzobispo de Reims, marchó á reunirse en Vezelay con el rey Ricardo.

Guillermo el Bueno, rey de Sicilia, había prestado grandes servicios á la causa de los cristianos de Oriente; su marina era entonces la más poderosa, y su almirante Marguerit había obligado á Saladino en el año de 1188 á levantar el sitio de Tiro; pero Guillermo murió en el año 1189 sin dejar hijos, y como había casado á su tía la princesa Constanza con Enrique VI, rey de Alemania, éste debía heredar el reino de Sicilia. El papa no aprobaba esto, y los sicilianos no querían tampoco pasar al dominio de un alemán, y por esto los Estados de Sicilia, convocados en Palermo, eligieron rey á Tancredo, conde de Lecce, hijo de Rogerio, duque de Pulla y nieto del rey Rogerio II, pero que había nacido fuera de matrimonio, de una noble señorita con quien se decía que su padre había estado casado secretamente. Tancredo fué coronado en Enero del año 1190, el papa dió su aprobacion y él supo defenderse contra el rey de Alemania, á cuyos generales derrotó.

Los dos reyes de Francia é Inglaterra se separaron en Lyon y se embarcaron, Felipe Augusto en Génova y Ricardo en Marsella, encontrándose despues en Mesina, en donde pasaron el invierno. Ricardo tenía grandes cualidades y grandes defectos. Era de un valor indomable y de una magnificencia verdaderamente real, pero era orgulloso y altanero; sus costumbres no eran completamente irreprochables, pero tenía una religiosidad sincera que le inspiraba á veces vivos sentimientos de arrepentimiento. Durante su permanencia en Mesina, Ricardo conoció y trató á un santo personaje que vivía entonces en la Calabria y se llamaba abad Joaquin; había hecho el viaje á la Tierra Santa, había escrito algunas obras sobre interpretacion de la sagrada Escritura, y había profesado en la órden del Cister.

El rey de Francia, Felipe Augusto, salió de Mesina á últimos de Marzo de 1191, y el 20 de Abril llegó ante los muros de Tolemaida, llamada Accon en tiempos de Josué y San Juan de Acre en los tiempos modernos.

Dos años haría que los cristianos de la Palestina y los llegados de Europa tenían sitiada esta ciudad, y durante este tiempo, el sitio había sido un continuo combate contra todas las fuerzas de Saladino, que estaba acampado en una montaña próxima. Hé aquí la historia de esta batalla ó lucha de dos años entre cristianos y sarracenos al pié de los muros de Tolemaida.

Saladino, en cumplimiento de la condicion

impuesta por los generosos habitantes de Ascalon para su rendicion, había puesto al fin en libertad á Gui de Lusignan, rey de Jerusalem; pero abusando de su victoria le había hecho jurar que renunciaba á su reino y se volvería á Europa. Desligado de este juramento, el rey de Jerusalem estaba libre y en su reino, pero sin tropas, sin capital y sin una sola plaza fuerte que pudiera servirle de asilo. Quiso retirarse á Tiro, pero el marqués de Montferrat se negó á recibirle, y sólo algun tiempo despues le dió algunas tropas, aconsejándole que con ellas acometiese cualquier empresa. Entonces Lusignan, á la desesperada y con sólo nueve mil hombres, puso sitio á Tolemaida, empresa que pareció temeraria á Saladino, que no la dió importancia alguna. Poco despues llegaron los cruzados de Pisa, que apoderándose de la ribera, cerraron todas las avenidas de la plaza por el lado del mar, y despues de algunos ataques, estaba ya próximo el ejército cristiano á apoderarse de la ciudad, cuando se esparció el rumor de que se aproximaba Saladino, y abandonando el ataque se retiraron de nuevo á la colina de Turon, en donde habían establecido su campo.

No tardó mucho en llegar una flota dinamarquesa, que desembarcó doce mil guerreros de la Frisia y Dinamarca, á la que siguió despues otra con muchos cruzados ingleses y flamencos, mandados los primeros por el arzobispo de Cantorbery y los segundos por Jacobo de Avesnes. Llegaron tambien cruzados de todas las ciudades de Italia guiados por sus cónsules y obispos, guerreros de muchas provincias de Francia, alemanes que obedecian al landgrave de Turingia, y Conrado, marqués de Tiro, que no quiso permanecer ocioso, vino tambien á reunir sus fuerzas con las del ejército cristiano. En una palabra, de todas las partes del mundo llegaban defensores de la cruz, y más de cien mil guerreros se reunieron delante de Tolemaida, cuando los monarcas cruzados aún se ocupaban en los preparativos de su marcha. En tanto que el mar llevaba refuerzos á los cruzados, Saladino, abandonando sus conquistas de la Fenicia, acudió en auxilio de Tolemaida, y plantaba sus tiendas en la colina de Kisan, que se eleva detras de la colina de Turon. Despues de algunos ataques parciales é infructuosos contra los cristianos, resolvió dar una batalla general para animar á sus soldados. En tanto el ejército cristiano presentaba un aspecto tan formidable y parecia tan lleno de confianza, que entusiasmado un caballero franco exclamó: ¡Que Dios permanezca neutral y la victoria es nuestra!



En efecto, en el primer choque el ala izquierda de los musulmanes se retiró en desorden; los francos se extendieron por todas partes como un diluvio, penetraron en las tiendas y esparcieron por todas partes el terror en el ejército enemigo, terror que aumentó con la fuga de los esclavos que les seguian. La victoria de los cristianos hubiese sido completa á no ser por su indisciplina: viendo Saladino que no le persiguían, reúne sus tropas y ataca á los cristianos, entretenidos en saquear las tiendas; y éstos, que creían á su enemigo completamente destrozado, huyen y arrojan las armas, pasando á ser vencidos los que poco antes eran vencedores.

Saladino pasó la estacion de las lluvias acampado con su ejército en la montaña de Karuba, los cristianos batiendo sin cesar las fortificaciones de la ciudad, y los sitiados oponiendo una resistencia tenaz. Al aproximarse la primavera, Saladino abandonó la montaña de Karuba; poco despues entró una flota egipcia en el puerto de Tolemaida y al mismo tiempo llegó al campo de Saladino su hermano Malek-Adhel con tropas reclutadas en Egipto. Este doble refuerzo llenó á los infieles de esperanza y alegría; pero se turbó muy pronto por los rumores que principiaron á circular de que el emperador de Alemania había abandonado la Europa y avanzaba hácia la Siria al frente de un numeroso ejército.

Federico, antes de partir, había enviado embajadores al rey de Hungría, al emperador griego y al sultan de Icona, de quienes recibió satisfactorias respuestas y promesas de permitirle el paso con sus tropas y proporcionarle los víveres necesarios, y al mismo tiempo hizo una formal declaracion de guerra á Saladino. Mientras tanto, el emperador griego y el sultan Saladino negociaban un tratado, por el que los griegos poseerian todas las iglesias de la Palestina, permitirian construir una mezquita en Constantinopla, y prometían rechazar á los cruzados y oponerse á su paso con todo su poder. Esta vergonzosa alianza de griegos y mahometanos está atestiguada por autores latinos y árabes, y por las mismas cartas del emperador griego.

En Mayo del año 1189 salieron los cruzados de Ratisbona, y no tuvieron contratiempo alguno, hasta que al llegar á los países situados al mediodía del Danubio fueron molestados por los búlgaros, que los habitaban, y que, segun confesion de algunos prisioneros, habían sido inducidos á ello por los griegos. Para prevenir mayores males y evitar todo motivo de colision, Federico envió á Constantinopla unos embajadores.

Los griegos continuaban haciéndose cada vez más sospechosos con su conducta, pues habían cortado los caminos, ocupaban los desfiladeros, y retiraban los víveres del tránsito de los latinos. Para justificar esta conducta, alegaban que los reyes de Francia é Inglaterra les habían anunciado que el emperador Federico tenía el designio de ceñirse la corona del imperio griego. A pesar de las satisfactorias explicaciones dadas por Federico, los griegos continuaron más ó ménos abiertamente sus hostilidades, y el patriarca de Constantinopla decía desde el púlpito: «que el griego que hubiese dado muerte á diez griegos, pero que matase cien peregrinos, obtendría de Dios el perdón de sus pecados.» Al mismo tiempo Isaac escribía á su aliado Saladino, que había cortado las alas á la victoria de los cruzados, y que si llegaban á las fronteras musulmanas no sería en estado de hacerle daño alguno.

Federico llegó el 22 de Noviembre á Andrinópolis, en tanto que su hijo, el duque Federico, tomaba á viva fuerza á Berea y otras ciudades, y batía por todas partes á los griegos que le oponían resistencia. El ejército cruzado pasó el invierno acampado entre Filadelfia y Constantinopla, y convencido al fin el emperador griego de la necesidad de conducir pronto á los peregrinos á través de sus Estados, celebró con el emperador Federico un tratado de paz, por el que se comprometía á indemnizar á los enviados alemanes hechos prisioneros, á procurar que por todas partes hubiese puestos en venta los víveres necesarios, y á dar cerca de Gallípoli los navíos necesarios para que el ejército pasase al Asia. Jurada esta paz solemnemente en la iglesia de Santa Sofía, las dos partes se hicieron mutuamente presentes, y el emperador griego dió veinticuatro rehenes y desposó á su hija con Felipe, hijo del emperador Federico.

El transporte de las tropas á las costas del Asia duró seis dias, y cuando entraron en territorio turco, cerca de Laodicea, se encontraron víveres, conforme á las promesas que había hecho el sultan de Icona; pero tardaron poco en penetrar en áridas comarcas, en donde faltaban los víveres por completo y no cesaban de molestarles los turcos, que acudían de todas partes. Los embajadores del sultan dijeron á Federico que estos turcos eran tribus independientes de su señor; pero el dia 14 de Mayo se vió manifiesta la traicion que les tenían preparada. Se presentó á su vista el ejército del sultan de Icona, compuesto de 300.000 hombres, y mandado por Melec, su yerno. Federico arengó á sus tropas y atacó á los turcos con tal ímpetu, que